

Laura Juárez, *Roberto Arlt en los años treinta* Buenos Aires, Simurg, 2010, 350 páginas.

El libro de Laura Juárez sobre Roberto Arlt alienta nuevas lecturas y permite volver a pensar la literatura argentina desde una perspectiva diferente. Tratándose de un trabajo sobre un autor revisitado por múltiples aproximaciones académicas, consigue no obstante encontrar el punto de inflexión para mostrarnos, con el máximo rigor exigido a una tesis doctoral, otro Arlt.

El punto de mira, el recorte, se realiza sobre los textos de los últimos diez años del escritor, entre 1932 y 1942, a partir de los que hábilmente se descubre el telón y se accede al espectáculo: ya no la imagen del “escritor torturado”, “el artista fracasado”, “pobre” y “desinteresado por el estilo” sino, cerrado el ciclo novelístico, el que se abre al teatro, publica cuentos en los medios masivos, diarios y revistas de la época, y continúa su colaboración en el diario *El Mundo* desde el otro lado del Atlántico, reinventa géneros y, siempre, imprime una vuelta de tuerca personal en lo que hace. Es decir, un Arlt público si se quiere: viajero casi turista, hipnotizado a veces, sorprendido y fascinado por otras culturas, en diálogo crítico, por momentos teórico incluso, metido de lleno en la polémica intelectual que diseña y establece los modos de una literatura argentina —me animaría a decir— todavía vigente. Porque si la década del veinte había sido la de las vanguardias que hoy llamamos históricas, con las que Arlt peleaba desde el subsuelo dostoiévskiano, la del treinta resultaría, según esta propuesta, su década.

Así, el minucioso relato montado por la autora nos deja seguir el itinerario de esta vida, una trayectoria diferente a la imagen convencional que ha sido elaborada por la crítica. Este Arlt discurre entre el Teatro del Pueblo, fundado por Leónidas Barletta, los viajes por una España encantada, el África exótica, la imaginación abocada especialmente a la aventura desbordada en el fantástico maravilloso, el policial y el espionaje, la feliz obsesión por construir/conseguir un público vivo, atrapado —no obligado— por la novela, el relato, el folletín, el drama: “un solo género” en el que lo único que de verdad importa son “los efectos”.

Juárez sostiene que “Arlt reestructura su proyecto literario en los años treinta” y, sin duda, ella lo desarrolla en un recorrido preciso por “las distintas zonas textuales y formas escriturarias” anunciadas. Lo muestra y lo demuestra si lo pensamos desde la perspectiva de una ciencia exacta. Lo mejor es que, aun para una lectura distraída, el supuesto engorro que podría significar la precisión del documento, el diálogo con los otros escritores, el aparato teórico, el estado de la cuestión, el repaso calculado sobre la bibliografía crítica en cada momento y sobre cada punto en particular —los indispensables requisitos de una tesis sobresaliente según el género establecido en la universidad—, este Arlt se despliega maravillosamente en la escritura de su autora: hace que se desee volver a leer/ver los textos que Juárez, en sabias dosis, cita, comenta, entrecruza con tiempos y espacios diferentes, hace conversar o discutir, para convertirse(nos), otra vez, en ese lector/espectador que pretendía el proyecto dramático/literario que el autor habría diseñado y construido en esta década.

Ese público anunciado habrá de irrumpir en los años que siguen a su muerte, cuando dejara a la literatura argentina, a falta de “prepotencia de trabajo” y “las crudezas de la realidad” o el “cross a la mandíbula” —que venían desde los veinte— también ahora sin este nuevo perfil preocupado por el estilo pero a la vez decidido por la acción en tanto elemento fundamental de lo narrado. Así, esta concepción que irá afianzándose poco a poco junto a las polémicas que habrán de recorrer las dos décadas siguientes, se inscribe en las producciones fictivas y crónico-ensayísticas de este Arlt de la década del treinta, para definirse como estética prevaleciente. Los relatos, las piezas teatrales, las crónicas periodísticas, estimadas como “poco felices” por una tradición crítica que, como señala y con justeza también analiza Juárez, han empezado a revertirse, permiten ver y seguir un escritor preocupado, atento e interesado, por el funcionamiento del campo literario, las prácticas y los debates críticos, teatrales y culturales. Así lo anuncia el libro en sus primeras páginas y así lo cumple, con rigor de archivo, en un viaje fabuloso.

Estructuralmente, el trabajo se articula en cinco capítulos o, mejor decir, actos, dado que se inicia con una breve revisión de la última novela de Arlt —novela bisagra dice— *El amor brujo* que, sintomáticamente, se abre con un “Balder va en busca del drama”. El primer acto, “Teatro”, revisará el posicionamiento del autor en este espacio porteño, desde el Teatro del Pueblo hacia una clara diferenciación con su director. El segundo, “Viaje y Representación” —de Arlt y de lo que Arlt ve—, las diferentes maneras de percibir el tiempo y el espacio, la cámara-ojo, el panorama y el detalle, en los que se convierte el autor frente a otros paisajes y otras culturas. El tercero, “El modo fantástico”, redefine lo peculiar de la construcción arltiana en esta vía, por la que se separa del proyecto realista primero volviendo sobre él sin embargo, a la vez que se distancia de esteticismos formales y reafirma la primacía



de la acción, la intriga, el suspenso, el misterio, incluso en el juego formal de la reescritura. El cuarto capítulo, “Historias infames y ficciones criminales”, retoma al cronista de policiales, el Arlt del mundo del delito, la criminalidad y la marginalidad de la primera época. Juárez muestra cómo “Tiempos presentes” y “Al margen del cable” construyen una forma inédita para el tratamiento de esos temas y esos materiales, al abrir una veta de literaturización de la noticia, en una operación de rescate de la crónica del siglo XIX: allí, junto a los grandes asuntos de la política internacional —la inminencia de la segunda guerra mundial, la irrupción descarnada del nazismo— Arlt se explaya en lo trivial, lo fortuito, lo circunstancial. El horror es puesto en términos dramáticos: la venganza, el crimen y la traición recorren el espínel social. La política internacional es también la política de lo marginal. “Historias infames”, unas vidas “en pocos trazos”, serían la perla del aglutinado arltiano, “la redonda perfección” geométrica que coagulará en las “Ficciones criminales”, el policial y las ficciones de espionaje de este Arlt.

Después de haber acercado y despegado, sigilosamente, una y otra vez, en cada gesto, trama e intriga, a Arlt de J. L. Borges con respecto a la consecución del policial, el último capítulo, último acto, pone en escena, la voz del autor en torno a su propia concepción de la literatura. “Arlt y el ensayo sobre la novela” retoma la pregunta que recorre la segunda mitad de los años treinta y las diferentes polémicas y las diversas respuestas: ¿cómo narrar? En las revistas y diarios, los escritores e intelectuales dan cuenta, en sus intervenciones y debates, de los cambios radicales que se han producido en las formas narrativas. La publicación de *La deshumanización del arte* de José Ortega y Gasset, en 1925, y sus visitas a la Argentina no solo traen los ecos de la polémica sobre el género novela que viene dándose en Europa sino, también, consiguen una profusión ensayística local de suma importancia que se distancia, contesta o sienta posición. Arlt, como no podía ser de otra manera, se pone entre los que discuten con Ortega, sin por ello asimilarse a los otros. Y los otros son los prestigiosos intelectuales, reconocidos en tanto tales: Borges, A. Bioy Casares, R. Callois o H. Agosti. R. El Arlt expuesto por Juárez asume ahora las “formas del ensayo” para definir una nueva poética de la narración y una propuesta sobre la dramaturgia, donde finalmente —hacia 1941 cuando estos artículos se publican, Arlt ya tiene una posición absolutamente ganada en el campo— examina la novela para pensar las condiciones de su literatura y los caracteres singulares de su experiencia como escritor. Este último acto/capítulo cierra el trabajo con el análisis, sobre el corpus ensayístico de las últimas notas, a la manera de conclusiones que aportaría el mismo Arlt sobre la hipótesis que guió la tesis de este libro.

Trabajo de orfebre, la potencia de *Roberto Arlt en la los años treinta* está cifrada en el arte que Juárez desarrolla: por un lado, el lúcido y justo análisis de una producción literaria cuya fuerza y color es difícil retraducir críticamente sin traicionar; por otro, un fino y riguroso estilo académico. Así, escribe un texto que por lo menos es dos libros: uno para la defensa de su tesis y la obtención del doctorado, y otro, el más interesante desde mi punto de vista, para los apasionados lectores de la aventura Arlt renovada, precisamente, por este libro.

Adriana Bocchino